

Sinodalidad y santidad¹

Eric Varden, ocso²

EN ABRIL DE ESTE AÑO [2023], TUVE EL PRIVILEGIO DE DIRIGIRME AL Capítulo General de la Congregación Benedictina de Solesmes. La asamblea me había pedido que reflexionara sobre el tema “Sinodalidad y santidad”. Al principio quedé perplejo. No había pensado en la sinodalidad en términos de santidad. Es verdad que últimamente hemos oído tanto la palabra que hemos llegado a pensar que tiene incidencia en todo; aunque, en términos de vínculo esencial, sea generalmente asociada, no a un ideal escatológico, sino a un proceso de gobierno vinculado con los movimientos de un cuerpo eclesial, el Vaticano II.

Algunos observadores han puesto de relieve que la visión de sínodo que se está desarrollando, es como un desbordamiento de la copa

¹ Conferencia publicada en la *Nouvelle Revue Théologique* 146-1 (2024), pp. 125-133. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina. Agradecemos a la Dirección de la revista el gentil permiso que nos han dado para publicar este texto.

² Nacido en 1974 en Sarpsborg (Noruega), estudió en Cambridge, en el Pontificio Instituto Oriental de Roma, y vivió en el Pontificio Instituto de San Anselmo, donde también enseñó. Cisterciense de la Estricta Observancia, abad de Mount Saint Bernard (Inglaterra), obispo de la prelatura territorial de Trondheim en Noruega en 2020. Nombrado Administrador Apostólico de Tromsø en 2023.

del Concilio. El cardenal Grech, secretario general del Sínodo, se ha mostrado más prudente; admite que la palabra “sinodalidad” está ausente de los documentos conciliares, pero afirma que emerge de ellos como si fuera un sueño. Si tenemos dificultad en configurar el sueño, quizá sea porque la “sinodalidad” es proteiforme, propensa, como señaló otra autoridad, a ser “dinámica y no estática”, como es el mar.

No todos nacen marineros. Algunos enfrentan las olas con ansiedad, buscando un punto fijo, una constelación en el cielo hacia la que dirigirse. Para éstos, la categoría de santidad es útil. La tarea que recibí esta primavera me lo enseñó. Me llevó a ajustar mi perspectiva y a percibir el puente que se busca uniendo el trabajo del Sínodo en la actualidad con la visión y la enseñanza del Concilio. Pues, en lo que se refiere a la santidad, el Concilio ha sido maravillosamente explícito. El capítulo quinto de la gran constitución sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, definió a la santidad como la nota con la que todos los instrumentos de la Iglesia deben estar siempre afinados. Cristo, se nos recuerda, “amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla” (LG 39). Sólo en la medida en que aceptemos ser santificados en Cristo, corresponderemos a nuestro designio cristiano y favoreceremos “un nivel de vida más humano” (LG 40) en este mundo, cuyo descenso en inhumanidad nos aterroriza. El Concilio insiste en el hecho de que cada estado de vida tiene una santidad que le es propia. Su consecución exigirá sacrificios. Se menciona el testimonio de los mártires. El resumen es casi increíble, por ser tan audaz: “Quedan, pues, invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado”.

De esta obligación se extrae una consecuencia práctica: “Estén todos atentos a encauzar rectamente sus afectos³” (LG 42).

Actualmente están en juego los afectos profundos del alma. Parece oportuno evaluarlos a la luz de esta invitación conciliar. Podríamos hacerlo examinando el tema de la sinodalidad primero en el Antiguo Testamento, luego en el Nuevo, para preguntarnos cómo podríamos aplicarlo mejor a nuestras vidas, cómo podría conducirnos al mismo tiempo hacia la meta que buscamos: la santidad.

I. La sinodalidad en el Antiguo Testamento

En primer lugar, aclaremos la terminología. La etimología de “*synodos*” se ha repetido *ad nauseam*: “*hodos*” en griego significa “un camino”; “*syn*” significa “con”. Un “*synodos*” es un camino recorrido en comunión fraterna, un camino compartido. Un viaje presupone una meta. La tradición ascética se muestra mordaz con los peregrinos que se pasean en círculos. San Benito considera este tipo de circularidad, el giróvago, como el gran perdedor. Para los conocedores de la Biblia, la noción de “camino” hace surgir fuertes asociaciones. Sabemos por san Lucas que la Iglesia de los tiempos apostólicos se denominaba *el Camino* (Hch 9,2). Cristo declaró ser *el Camino* (Jn 14,6). Él es el Camino que hay que seguir. Su objetivo es claro. En la oración sacerdotal, Cristo rezó: “*Padre, quiero que los que me diste estén conmigo donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado*” (Jn 17,24). Estar con el Hijo amado del Padre, Imagen de Dios (Col 1,15), en

³ En latín: *Attendant igitur omnes, ut affectus suos recte dirigant (...)*.

quien hemos sido creados (cf. Gn 1,27), ahora y para siempre, es la vocación del género humano desde el comienzo.

En el acto creador de Dios está implícito un cierto grado de sinodalidad: *Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza* (Gn 1,26). Realizar nuestro potencial icónico, llegar a ser como Dios, ésta es la meta de nuestro ser. Un movimiento tal no se efectúa de manera aislada. Después de la creación de Eva, el hombre y la mujer debían ser, según una unión sagrada, *una sola carne* (Gn 2,24), orientados el uno hacia el otro en complementariedad. La dinámica es aplicable más ampliamente. Es el encuentro con la mirada de otro lo que me revela a mí mismo, lo que me permite comprenderme y desarrollarme en comunión.

Al relato de la comunión original le sigue el relato de la caída. Revela un lado más sombrío de la sinodalidad:

Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió; luego se lo dio a su marido, que estaba con ella, y él también comió. Entonces se abrieron los ojos de los dos y descubrieron que estaban desnudos (Gn 3,6-7).

La colusión trajo consigo la muerte de la inocencia. El otro, antes tranquilizadamente familiar, quedó reducido a un extraño, que al mismo tiempo seduce y da miedo.

La Escritura califica a la acción que provoca la caída como “pecado”, pérdida de dirección que acarrea la muerte. Una de las consecuencias del pecado es la voluntad más o menos deliberada de atraer a los demás a mi desamparo, que ahora se me presenta, debido a un embotamiento de la conciencia, como la realidad misma, mi entorno vital. La idea de permanecer solo en este lugar es insoportable. Un llamado a alejarse sinodalmente de una dependencia libremente reconocida en referencia a Dios se hace explícito en el proyecto de Babel. *Entonces se dijeron unos a otros: “¡Vamos! ... Edifiquemos una ciudad, y también*

una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, para perpetuar nuestro nombre y no dispersarnos por toda la tierra” (Gn 11,3-4). La voluntad de ellos era la de mantener una asamblea coherente, la de crear un modelo de sociedad lo suficientemente atractivo como para federar a toda la humanidad. Sus criterios eran autodestructivos, aun cuando no se dieran cuenta de ello. El proyecto fue sabotado por el mismo Señor.

La vocación de Abraham, nuestro padre en la fe, era sinodal. Después de escuchar la llamada de Dios, *tomó a su esposa Sarai, a su sobrino Lot, con todos los bienes que habían adquirido y todas las personas que habían reunido en Jarán, y se encaminaron hacia la tierra de Canaán*. (Gn 12,5). Al principio, las cosas fueron bastante bien. Mientras el destino del viaje sea remoto, susceptible de idealización, la sinodalidad no plantea mayores desafíos; los viajeros contemplan la naturaleza del viaje como les parece. Cuando se aproxima el final del viaje, cuando se plantean las preguntas sobre la repartición del territorio, surgen las tensiones. Las posesiones de Abraham y Lot eran tales que *no había espacio suficiente para que pudieran habitar juntos* (Gn 13,5ss). Ellos se separaron. *Si tú vas hacia la izquierda, yo iré hacia la derecha, y si tú vas hacia la derecha, yo iré hacia la izquierda* (Gn 13, 9). Esta historia nos ayuda a abandonar las nociones simplistas de sinodalidad. Si no tenemos en mente el mismo fin, la misma imagen de un paraíso para restaurar, se va a sentir una fuerza centrífuga. La unidad, siempre vulnerable, corre entonces el riesgo de romperse.

Esta tendencia se pone de manifiesto en el relato del éxodo de Israel al salir de Egipto, que cada año estructura nuestra preparación para la Pascua. Moisés, Aarón, Miriam y un puñado de iniciados, preparados por la Providencia, tenían una visión lúcida de las razones por las que debían salir de Egipto y encontrar la tierra prometida. La asamblea sinodal en su conjunto era más pragmática. Estas personas deseaban una mejor calidad

de vida, de diversión y de reconocimiento. Tales aspiraciones son legítimas, pero no son suficientes para preservar la unidad en el movimiento hacia adelante de una multitud variada, un “*vulgus promiscuum innumerabile*”, por citar la memorable traducción de Jerónimo de Ex 12,38, que marca el inicio de un relato de múltiples conflictos, disensiones y rupturas.

Cualquiera que tenga tiempo y ganas podría proseguir esta lectura del motivo sinodal a través de los escritos históricos y proféticos. Nos queda una perspectiva del Antiguo Testamento sobre la sinodalidad que no puede ser calificada como cínica, pues cada página de la Escritura está llena de esperanza; ella es muy sencillamente realista. Y es útil. Para avanzar juntos hacia la santidad, hacia el encuentro con el Santo, debemos seguir un camino real, algunas veces estrecho.

II. La sinodalidad en el Nuevo Testamento

El pasaje evangélico que más a menudo se menciona en los textos sinodales es el relato de los peregrinos de Emaús. Es un texto sublime, que ofrece siempre nuevos niveles de significado. También se podría hacer una lectura en tono sinodal de la vocación de María o de los Apóstoles, de María Magdalena o de Pablo. Podríamos así aprender mucho sobre lo que significa caminar en compañía del Hijo de Dios. Después de todo, es Su presencia la que constituye el criterio de la autenticidad sinodal.

Me siento atraído por un relato sinodal más discreto en el Nuevo Testamento, por el testimonio de un hombre que llegó a la fe casi a pesar suyo, que seguía a Jesús a distancia, pero sin perderlo de vista; que permaneció fiel hasta el final, aunque quedando en la sombra. Hablo de Nicodemo. Nicodemo, *uno de los notables entre los judíos*, aparece en el tercer capítulo del cuarto Evangelio. *Se acercó a Jesús de*

noche (Jn 3,2), un gesto emblemático de nuestro tiempo, en el que la fe a menudo tiene un carácter nocturno. Nicodemo plantea preguntas bien pensadas. Es un hombre reflexivo, serio, que busca respuestas verdaderas a problemas verdaderos. También en este aspecto, representa el estado espiritual actual.

Nicodemo quiere ser escuchado, pero es capaz de escuchar con atención. Aquí tocamos un punto delicado. En general, hoy en día no sabemos escuchar. Estamos colectivamente aquejados de logorrea, propensos a la falta de atención y a la sordera selectiva, incluso dentro de la Iglesia, en el discurso sinodal. Todo el mundo tiene algo que decir. Todo el mundo espera ser escuchado. Pero, ¿acaso estamos dispuestos a escuchar lo que dice el Señor, y luego a obedecerle con una fe firme, una fuerte determinación, libremente y con confianza?

La conversación de Jesús con Nicodemo atañe a la Revelación de Dios. Nos dice que es posible vivir una vida impregnada del Espíritu de Dios. Habla de la filantropía de Dios, que lo inclina a vaciarse de Sí mismo para que nosotros podamos vivir, un ejemplo que se nos pide que imitemos; presenta a la vida eterna como la única meta digna del peregrinaje del hombre en la tierra; subraya la libertad que nosotros poseemos para elegir entre la vida y la muerte, la luz y las tinieblas, libertad de la que un día tendremos que responder ante Dios. Ese día, deberemos dar cuenta personalmente de las opciones que hayamos tomado, aunque hayan estado influenciadas por las fuerzas sinodales.

Tras escuchar y recibir la enseñanza de Jesús, Nicodemo vuelve a la noche. Encarna un espléndido texto de Isaías: *Mi alma te desea por la noche, y mi espíritu te busca desde la aurora. Cuando tus juicios se ejercen sobre la tierra, los habitantes del mundo aprenden la justicia* (Is 26,9, traducción litúrgica). Nicodemo es alguien que realmente espera que el juicio de Dios brille sobre la tierra.

Lo volvemos a encontrar en una reunión de funcionarios en el curso de la cual los sumos sacerdotes y los fariseos buscan eliminar a Jesús. Nicodemo protesta: “¿*Acaso nuestra Ley permite juzgar a un hombre sin escucharlo antes para saber lo que hizo?*” (Jn 7,51). Para caminar con Jesús y crear una comunión sinodal en torno a Él, necesitamos sopesar sus palabras y sus obras, buscando su sentido y enraizándonos en su epifanía salvífica sin ceder a visiones pasajeras, a prejuicios y a expectativas externas.

La tercera aparición de Nicodemo en el Evangelio tiene lugar cerca de la tumba de Jesús. Es evidente que él siguió la crucifixión a distancia. Ahora, mientras los discípulos están de duelo por su Amigo, se acerca trayendo *una mezcla de mirra y áloe, que pesaba unos treinta kilos* (Jn 19,39). Los cristianos de la Edad Media reflexionaron largamente sobre esta escena. Veían en Nicodemo a alguien que había penetrado en el misterio de la Pasión, que lo había abrazado y que, por tanto, podía comunicarlo a los demás. Nació una tradición según la cual se le atribuían a Nicodemo obras de arte, representaciones conmovedoras del Crucificado. Se lo consideró como el creador de la Santa Faz de Lucca (Toscana) y del Crucifijo de Batlló (Cataluña). Es sin duda significativo que nuestros ancestros medievales lo hayan encontrado capaz de ser un escultor, maestro del arte táctil, que da forma a lo que había visto con sus ojos, tocado con sus manos (cf. 1 Jn 1,1). Sin que haya necesidad de discutir sobre la veracidad de tal atribución, podemos reconocerle una validez y un valor simbólico perennes.

Propongo ver en Nicodemo un ejemplo para nosotros, que nos esforzamos sinodalmente por ser verdaderos discípulos y buscadores de la santidad. ¿Por qué? Él se mantuvo alejado de las polémicas fáciles y de los gestos teatrales. Sin embargo, siguió al Señor dondequiera que fuera. Cuando hubo necesidad de él, ofreció sus servicios y ofreció

su amistad a la comunidad. Nos muestra lo que significa ser fiel en la oscuridad del Viernes Santo. Cuando contempló a Cristo crucificado y sepultado, tuvo la sabiduría de reconocer, en la desolación, algo sublime: la gloriosa revelación divina. Se convirtió así en un testigo autorizado de la victoria del Crucificado. Esta es verdaderamente la actitud que la Iglesia necesita actualmente.

III. ¿Y nosotros?

Ser cristiano, católico, hoy es un desafío. No cabe ninguna duda. Mirando alrededor de nosotros, podemos estar tentados de gritar con el salmo: *Oh Dios, los gentiles han entrado en tu heredad; han profanado tu santo templo; han reducido Jerusalén a ruinas* (Sal 78(79),1). Ser gentil, ser pagano, es ser alguien que no cree de verdad, aunque lleve los atuendos de la fe. Vivimos con las heridas de los abusos, que todos esperábamos que afectaran únicamente a nuestros vecinos, y no a nosotros. Nuestras comunidades son cada vez menos numerosas. La pregunta angustiosa “¿por cuánto tiempo?” se plantea en contextos que, desde tiempo inmemorial, parecían inquebrantables. La confianza ha sido traicionada. Abundan los profetas de calamidades. El espíritu de división, muy extendido en la sociedad, hace su aparición también en la Iglesia. Reina alrededor una cierta tristeza.

Y, sin embargo, éste es el día -y la noche- que el Señor ha hecho para nosotros y que nos ha confiado para que sean para nosotros un tiempo de salvación. ¿Cómo podemos, en tiempos como éstos, vivir nuestra vocación a la santidad?

En primer lugar, llevando, en sintonía con el Cordero de Dios, nuestra parte de la carga del pecado del mundo, un pecado que no puede reducirse simplemente a los actos impíos. Este pecado representa

asimismo el estado de un mundo perdido que expresa de manera caótica un dolor que tiende a la desesperación, a menudo carente de objeto y por esta razón particularmente temible. El Cordero de Dios “quita los pecados del mundo”, no chasqueando los dedos como un mago, sino cargándolos. Estamos llamados a vivir como miembros de su Cuerpo.

Los fieles que, con Nicodemo, están llamados a preferir a toda costa la luz a las tinieblas (cf. Jn 3,18-21), deben estar dispuestos a soportar sinodalmente el peso de la noche que es ahora el lote de muchas personas. Esto presupone estar dispuestos a permanecer dentro de esta noche, a orar en ella, a amar y servir en ella, a reconocer lentamente, incluso a lo lejos, la luz que ninguna oscuridad puede vencer (Jn 1,5).

Al leer y releer las fuentes del monacato, las grandes *Vidas* (de Antonio, Hilarión y otros) que -antes de la redacción de las Reglas-, indicaban el camino de la vida, me sorprende la recurrencia del *topos* de la compasión, entendida concretamente como la voluntad de “sufrir con”. Éste es seguramente un aspecto clave de la experiencia sinodal: la participación, por la paciencia, en la Pasión redentora de Cristo. Éste es un buen momento para reflexionar sobre lo que Pablo dijo en voz baja a los Colosenses: *Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia* (Col 1,24). Es profundamente significativo que el Concilio Vaticano II, al exponer la llamada universal a la santidad, haya hecho referencia explícita al martirio:

“Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y por sus hermanos (cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo,

y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia” (LG 42).

“Todos deben estar prestos a confesar”. Sin melodrama, con una sobriedad cristiana llena de sentido común, debemos confesar que este llamado nos conmueve. Del mismo modo, debemos creer que la imprevisibilidad desordenada que caracteriza a todo *promiscuum vulgus* que se abre una senda por el camino sinodal, siguiendo el camino de los mandamientos de Dios (cf. RB, *Prólogo*, 49), realiza secretamente una melodía divina.

Encuentro un inmenso consuelo en la confesión de una monja benedictina del siglo pasado, la Hna. Elisabeth Paule Labat, que experimentó íntimamente las vicisitudes y los traumas de la vida, permaneciendo al mismo tiempo enraizada en la gracia liberadora y transformadora de la Cruz. Así expresaba ella su visión tan profunda:

[Al ir creciendo en sabiduría] “el hombre percibirá la historia de este mundo en cuya lucha todavía está comprometido, como una inmensa sinfonía que resuelve una disonancia por otra, hasta la entonación del perfecto acorde mayor de la cadencia final al fin de los tiempos. Cada ser, cada cosa contribuye a la unidad de esta composición inteligible, que sólo puede escucharse desde dentro: el pecado, la muerte, el dolor, el arrepentimiento, la inocencia, la oración, las alegrías más discretas y las más exaltadas de la fe, de la esperanza y del amor; una infinidad de temas, humanos y divinos, se encuentran, huyen y se entrelazan antes de fundirse finalmente en uno solo según un plan maestro que no es otro que la voluntad del Padre, persiguiendo a través de todas las cosas la realización indefectible de sus designios”.

La santidad es una categoría esencial, no una etiqueta adherida como un sello a una conducta impecable. La santidad es lo que es

esencialmente divino, diferente por esencia de cualquier cualidad, incluso la más bella, existente en la creación. El camino hacia la santidad está iluminado por la luz increada. Debemos ser cambiados para percibirla. Nuestros ojos, nuestro corazón y nuestros sentidos deben estar abiertos; debemos salir de nuestros límites, entrar en una dimensión de verdad que proviene de Dios.

La sinodalidad que nos lleva en esta dirección, configurándonos con nuestro Señor crucificado y resucitado, es vivificante, está perfumada con la dulce fragancia de Cristo Jesús (2 Co 2,15). En cuanto a la sinodalidad que nos encierra en deseos y previsiones limitadas, que reduce el plan de Dios a nuestra medida, ésta debe ser tratada con gran cautela⁴.

*N – 7 012 Trondheim
Sverres Gate 1
Noruega*

⁴ Traducido por Dom X. PERRIN, Abadía de Quarr.